

# ANTIGÜEDADES



(SECCION DE "EL MENSAJERO")

Teléfono No. 153 - Apartado No. 266

Tercera Calle Real, Nos. 13-55 a 13-63

**B O G O T A**

OBJETOS DE ARTE  
MUEBLES ANTIGUOS  
ORFEBRERIA INDIGENA

LIBROS AGOTADOS  
OBJETOS DE PLATA  
MINIATURAS - OLEOS  
COBRES - PORCELANAS

## REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos  
pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Registro No. 118

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

ADMINISTRADOR: JOSE LLOREDA CAMACHO

Volúmen XXXII

Bogotá (Colombia), Mayo de 1937

No. 314

### Prelusión renacentista

«Dico autem vobis, quod multi  
ab Oriente et Occidente venient,  
et recumbent... in regno Coelorum.»

*Evang. S. Matt. VIII. 11.*

Como se juntan y se traban en un nudo las fuerzas de varios cordeles, así en algunos momentos históricos, se suman y combinan muchas energías humanas que en sus orígenes y en sus tendencias, aparecen independientes, desiguales y hasta opuestas. En ambos casos se forma un núcleo potencial que temporalmente engendra un solo impulso y arrastra en un solo sentido, pero que luego se divide y muestra, separados por divergencias crecientes, los elementos que lo constituían.

Según esto la historia, podría decirse, que se compone de períodos de dispersión y de períodos de concentración. Los primeros se asemejan al partirse de la luz, cuando entra simple y blanca en un prisma y sale de él repartida en zonas espectrales de colores y de cualidades diferentes. Los segundos, hallarían similitud en el rodar del disco newtoniano que reconstruye la blancura, superponiendo impresiones de tintes y matices diversos.

Pero concretar en unas pocas frases lo que fue uno de esos períodos, ¡cuán difícil es!... Empeño ocasionado además al error de perspectiva que consiste en abreviar, reducir y encoger los acontecimientos de manera que parezcan ocupar un período limitadísimo o sobrevenir súbitamente, cuando en realidad exigieron luengos años para

desarrollarse. Los esquemas históricos adolecen de estas deficiencias, que por lo demás, son inevitables.

El solo nombre "Renacimiento", nos advierte que es preciso buscar fuera de Europa los orígenes o los antecedentes de esta época. ¿Dónde —podríamos preguntarnos— dónde había nacido y prosperado ese que "renació" hacia el siglo XVI? Y para responder a esta pregunta, hay que contemplar una cuestión que según van corriendo los tiempos, parece ofrecer renovada materia de curiosidad y tal vez de inquietud a los hombres: las relaciones entre el Oriente y el Occidente.

Hace cuatrocientos o quinientos años estas palabras no representaban sino el trágico vaivén de las amistades protocolarias y de las desconfianzas mutuas, de la unión y del cisma, de los apetitos y conatos de hegemonía a que vivieron sujetos el mundo que dependía de Roma y el que dependía de Bizancio. Divorciados oficialmente desde los tiempos del gran cisma de Focio y no obstante el parentesco latino que los unía, jamás lograron entenderse a derechas aunque no les faltaron ocasiones, a veces ruidosas y a veces solemnes de ponerse en contacto: hubo princesas bizantinas en las cortes occidentales, las hubo también oriundas de Alemania, de Francia y de Italia que fueron a asentarse en el trono resplandeciente con que se honraba la capital del Bósforo, otras en fin, resto de la estirpe francesa trasplantada al Oriente, vinieron desde Siria para entretener con singulares aventuras el ocio y la curiosidad del mundo bizantino. Con las complicaciones de la galantería, alternaron las de la guerra y de la diplomacia, y en esta perpetua contradanza de guerreros y de áulicos, de intrigantes y de hombres de estado, de Don Juanes como Andrónico Commeno y de mujeres privilegiadas como Ana la perfirogeneta, intervinieron asimismo muchas vidas románticas, melancólicas o trágicas que simbolizan y explican con harta precisión el equívoco fundamental e indestructible que separó siempre a dos gentes y las puso en estado de rivalidad y de recelo mutuo a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron y de todas las providencias que se tomaron para que fraternizasen y se comprendiesen.

De los más interesados en procurar el acercamiento y la unidad entre griegos y latinos, fueron los Papas, para quienes nunca dejó de ser problema capitalísimo la extin-

ción de las vehementes y empecinadas querellas dogmáticas que por siglos y siglos han mantenido a los orientales separados de la Iglesia de Roma. Aun mirado por su aspecto meramente humano ese empeño de unión mostraba perspectivas inmensas, y no creo engañarme al pensar que los Sumos Pontífices aplicándose con nunca desmentido tesón a la tarea de juntar las dos Iglesias, veían muy claro, no sólo el beneficio de la unidad espiritual y cristiana, sino el provecho que la cultura universal recibiría, cuando rotos los valladares y derribados los estorbos que atajaban las mutuas influencias entre el Oriente y el Occidente, quedarán patentes las puertas y expeditos los caminos por donde fueran a abrazarse la sabiduría abstracta y sutil del uno con la pujanza descubridora y práctica del otro.

Si no con visión exacta y definida, a lo menos con presentimiento justo hubo hombres que como Inocencio III (1198), Gregorio X (1271) y Eugenio IV (1431), se hicieron cargo de que la mente humana, no había estado ociosa en los vastísimos territorios que comenzaban en la Propóntide. Pensadores y filósofos, moralistas y legisladores había por allá que conocidos por los europeos, contribuirían al ensanche del común patrimonio intelectual. Pensando pues en traer a los disidentes bizantinos al gremio de la Iglesia Romana los Pontífices miraban derechamente a la realización de la unidad que es ley del Evangelio y desembarazaban al propio tiempo la ruta que había de conducir a los emisarios de la fe hasta los remotos imperios del Sol levante. Que era lo mismo que establecer un ir y venir de misioneros y de apóstoles, a los cuales presto se juntarían viajeros, peregrinos y mercaderes que sin duda traerían y llevarían toda suerte de noticias, experiencias y novedades, poniendo así en comunicación las más apartadas regiones de la tierra con manifiesta utilidad de todas ellas. Y para decirlo de otro modo, la fe católica, factor insuperable de unidad en aquel entonces, debía producir forzosamente una como "sintonización" entre los pueblos que la recibían y que al mancomunarse en la creencia religiosa podrían habilitarse para acoger y captar cualesquiera ondas del ingenio humano, quiero decir, los hallazgos del entendimiento y las invenciones de la destreza racional.

Con todo lo cual, la Iglesia Romana, que jamás dejó de reconocer la valentía de la inteligencia, no hacía sino aplicarse a traducir en obras su fe en la "Luz que ilumina a to-

do hombre que viene a este mundo", que resplandecía por tanto así en Oriente como en Occidente y que en todas partes, por vías diversas y quizá misteriosas, autorizará siempre el dicho del poeta:

*"En spectacles pompeux, la nature est féconde,  
Mais l'homme a des pensers bien plus grands que le monde".*

Con las cruzadas asistimos a una penetración del Occidente en el Oriente que fue de incalculables consecuencias para Europa, pero que no logró ninguna especie de "sintonización" duradera entre esas dos porciones de la humanidad. Porque las cruzadas fueron de suyo una empresa guerrera y conquistadora que se llevó adelante entre el ruido de las disputas airadas y el estrépito de los combates, con alternativas de triunfos y reveses, y en un contraste permanente del desenfado y del arrojito de los unos con los ardides y mañas de los otros, circunstancias bien poco favorables a que los orientales abandonaran las prevenciones seculares, tan arraigadas como violentas, que los mantenían separados del mundo latino.

Más propicios al acercamiento de orientales y occidentales, más eficaces respecto de una posible reciprocidad civilizadora entre ellos, fueron las repetidas diligencias que principalmente en los tres concilios ecuménicos de Letrán (1215), de Lyon (1274) y de Florencia (1441), se hicieron para extinguir el cisma y obtener de los griegos que reconocieran la supremacía romana. Renacimiento que no tenía por base ni por motivo la prepotencia material, el apetito de hegemonía o la ambición de acabar con antiguas rivalidades, sino el nobilísimo propósito de mejorar la condición de muchos pueblos, trayéndolos a la unidad religiosa y mediante ella a una comunicación civilizadora. Para lo cual ya se entiende que sobaban y estorbaban los medios violentos y el aparato bélico, y sólo podían entrar en cuenta el comercio de las inteligencias y la concordia de las voluntades.

Que fue precisamente lo que Gregorio X con criterio de auténtico humanista, comprendió al establecer como programa del Concilio de Lyon el memorandum de Humberto de Romanis o de Romans, documento memorable que encierra, si no estoy equivocado, toda la simiente de un Renacimiento por venir.

Porque Humberto escribía por los años de 1270, lo siguiente:

"Para procurar la reconciliación entre griegos y latinos una cosa es entre todas necesaria: el conocimiento de las lenguas. Gracias a él la diversidad de las naciones se reduce a la unidad, y si hubo un tiempo en que tal conocimiento era infundido por Dios, ahora es menester adquirirlo merced al estudio. El de las lenguas es señaladamente necesario, y de su utilidad nos dan testimonio San Jerónimo y San Agustín. A ejemplo de tan grandes varones, hemos de deojarnos sobre los libros de los griegos para enterarnos de sus razones. Desgraciadamente apenas hay en la corte romana quien sepa leerlos, de manera que los legados y embajadores que despachamos a esotras partes de la tierra, necesitan andar cosidos con intérpretes que a veces no comprenden y a veces desvarían. Esto sin contar con que nos faltan copiosas bibliotecas de autores griegos, tales que puedan proveernos de cuantas noticias fueron capaces de allegar, ora como teólogos, ora como exégetas o intérpretes, ora como peritos en entrambos derechos, ora como analistas e historiadores. Veo en fin que los latinos se aperciben militarmente para dominar o resistir a los griegos, y quisiera en los eclesiásticos mayor diligencia en el apresto de las armas que les son propias, es a saber, las del espíritu y las del entendimiento" (1).

Veinte años atrás, precisamente en 1255, el mismo Humberto declaraba con mayor amplitud su anhelo de enlazar el Oriente con el Occidente. Las diferencias entre judíos obstinadamente tradicionalistas, sarracenos secuaces de Mahoma, servidores del puro paganismo idolátrico y bárbaros de ignotas creencias, no habían de atajar el paso a los embajadores de la sabiduría. Otros eran los obstáculos que desazonaban al de Romans y que reducidos por él a dos capítulos principales señalaban con anticipación de dos siglos algunas tendencias que parecen propias y exclusivas del Renacimiento. "Ignoramos —dice— las lenguas extrañas y no hay quienes se pongan a la obra de aprenderlas, porque los más abandonan y desestiman lo que de veras es útil y se atienen al deleite de múltiples y vanas curiosidades. Vivimos por otra parte tan apegados

(1) Apud Martene, Collect. ampliss. col. 196-198. Mansi, Concil. T. 23 cit. Rohrb.

al suelo natal, y tan presos en los lazos de la vecindad y parentela, que nadie se resuelve a andar de gente en gente bajo otros cielos y por otros climas; descuido imperdonable si atendemos al ejemplo de los apóstoles que con ser todos galileos dejaron su tierra y el uno cogió el camino de la India, el otro fue a parar en la Etiopía, aquestos peregrinaron por el Asia y esotros anduvieron por la Acaia. No se hubieran dispersado así a lo largo y a lo ancho de las diferentes naciones y no habrían hecho los frutos de evangelización que hoy nos maravillan. . . . Así pues donde haya alguno de nuestros hermanos que con el favor de Dios pueda dedicarse al estudio del árabe, del hebreo, del griego o de cualquier lengua bárbara de suerte que se haga capaz de salir de su tierra para anunciar la verdad de Jesucristo y sufrir por El, ora en Palestina, ora en Grecia, ora en los países vecinos de los infieles, quiero que luégo me lo escriban para tomar las providencias más favorables a tan santo propósito". (Martene. Thesaur. Anecd. T. 4. c. 1707.) (R. X. 43).

Los textos que he copiado, dicen ante todo cuán grande fue la solicitud de la Iglesia en prevenir medios idóneos para la difusión y para la defensa de su doctrina así entre los disidentes como entre los infieles y gentiles. Dicen también, y con harta claridad, que fiaba el buen suceso de esta empresa, no en los recursos de la fuerza ni en las destrezas de la política o de la diplomacia sino en el poder de la iluminación inteligente que brota de las palabras sabias y se confirma con la integridad de la vida. Y sugieren asimismo, como entre líneas y por vías indirectas, eso que más adelante habría de procurar tantos y tan peregrinos ensanches a los dominios de la mente humana, eso que primero es curiosidad de lo ignoto y por sus pasos contados, va transformándose en investigación descubridora, eso en fin, que elementalmente se concretaba por aquellas remotas centurias en el aprendizaje de las lenguas extrañas, llave de muchos conocimientos, y en la experiencia de los viajes, que si por una parte fomentan la unión entre los hombres, por otra pulen y acendran su cultura.

Las diligencias que en pro de la unión entre orientales y occidentales hizo el concilio de Lyon inspirándose en las sesudas reflexiones de Humberto de Romans, tuvieron un precedente oportunísimo en las peregrinaciones de Nicolás y Maffeo Polos, padre y tío respectivamente de Marco,

el más famoso de los antiguos viajeros y exploradores. Los dos hermanos, llegaron a Venecia en 1269, después de ocho años de ausencia, que gastaron en recorrer toda el Asia, conducidos primero por ciertos emisarios del Khan Kublai hasta Persia y llevados luégo hasta Cambaluc en el propio centro del misterioso imperio de Catay, donde hablaron y trataron muy a la larga con el Gran Mogol Kublai acerca del mundo latino.

El Khan —dícelo así el coronel Henry Jule C. B.— era sujeto de extremada energía y de agudo entendimiento que jamás había tenido ocasión de alternar con europeos, y que supo apreciar las para él inauditas noticias que le traían los venecianos. Si se imaginó que la ciencia de los occidentales podría servir al acrecentamiento de su imperio o si creyó que ella habría de traer particulares beneficios al mundo oriental, no lo sabemos; lo que sí consta, es que al despedir a los viajeros, les encomendó que pusiesen en las manos del Sumo Pontífice una carta en que con grandes instancias le pedía "no menos de un centenar de religiosos y de peritos capaces de enseñar así la doctrina cristiana como las artes liberales".

Por causas diversas esta tentativa de poner en comunicación a los asiáticos y a los europeos fue enteramente baldía. Gregorio X no supo de la misiva del Khan Kublai sino al cabo de dos años; trató entonces de darle plena satisfacción y se halló impedido por la escasez de sujetos en quienes concurrieran la idoneidad y el arrojo proporcionados a la empresa; al cabo no logró sino encaminar hacia el Oriente dos célebres maestros dominicos, Nicolás de Vicenza y Guillermo de Trípoli que, por lo demás, no pasaron de Armenia.

Interpretando estos sucesos, parece cierto que el siglo XIII pudo haber sido capitalísimo en la historia de la humanidad. A la sazón, esas dos porciones inmensas en que estaba dividida, mostraban, cuanto era posible, una voluntad mutua de conocerse y entenderse que, como se hubiese traducido en obras y en realidades, tal vez habría alterado radicalmente el rumbo de los acontecimientos por venir y hasta la misma historia contemporánea.

Con esto no quiero referirme a una posible o imaginaria comunicación de inventos o de artificios o de habilidades manuales, porque en este ramo de la civilización ni los orientales tenían qué dar ni los occidentales tenían qué

recibir, supuesto que siempre se aventajaron en el descubrimiento y aplicación de las fuerzas naturales.

Mucho más interesante y decisiva habría sido una comunicación de ideas y de sentimientos merced a la cual, la índole meditativa y reconcentrada de los orientales, su certidumbre en el poderío de las fuerzas espirituales e interiores, su innegable tendencia a buscar en la cultura y desarrollo del "yo" un fundamento de superioridad y hasta de predominio, sus hábitos de disciplina mental y moral, que si por una parte confinan con la extravagancia, por otra denuncian la noble preocupación de asegurarle al espíritu un señorío absoluto sobre lo material; finalmente, su empeño filosófico y en ocasiones místico de discernir lo que en la vida es permanente y estable de lo que es movido e ilusorio, hubieran influido sobre el pensamiento y sobre la actividad de los occidentales, tal vez para enmendar en ellos esta proclividad que los conduce a dilucidar y a aprovechar intensamente el mundo exterior, sus energías, sus recursos, y sus posibilidades con lamentable olvido de los que poseen en su propio universo interior y por decirlo así, de puertas adentro.

Por lo cual no sería exagerado afirmar que uno de los máximos problemas humanos, consiste en distinguir las fuerzas *explotantes* y las fuerzas *por explotar*, entendiendo con el primer apelativo estas inmanentes que nos habilitan para ser hombres cabales, y con el segundo las que existen fuera de nosotros y están destinadas en calidad de medios o instrumentos al servicio y a la perfección de la naturaleza racional. Perfección es ésta que no logrará jamás el que atiende exclusivamente a uno solo de esos dos haces de fuerzas y ora aferrándose a un idealismo desatentado, ora perdiéndose en el frenesí de la acción que no reconoce más criterio que el de la utilidad inmediata incurre unas veces en el riesgo que señaló Pascal con estas palabras: "Qui vaut faire l'ange, fait la bete", y otras veces pára en ser víctima de las mismas energías que desencadenó: Así tendrá que reconocerlo quien repare, por ejemplo, en los conflictos de toda especie que han creado el egoísmo acumulador de riquezas, la producción excesiva de las máquinas, el afán de multiplicar y de afinar armamentos, etc.

Así puede suceder que ávidos de luz, busquemos mil maneras de intensificarla y prodigarla, sin fijarnos en que los ojos no son capaces de soportar indefinidas y constan-

tes claridades y sin entender que es preciso robustecerlos y vigorizarlos a medida que les exigimos mayor ejercicio y más continua aplicación. Que es como si dijéramos que la perfección de la vista no estriba únicamente en tener abundancia de luz y de objetos visibles, sino en que a esa abundancia corresponda la proporcional fortaleza y sanidad de los ojos. Desentenderse de ellos y de su preservación con el pretexto de que son muchas las cosas que hay que ver, será un extremo tan irracional como el negarles su natural empleo y ejercicio con el pretexto de cuidarlos y mantenerlos incólumes.

De esta analogía tan imperfecta, quiero valerme para declarar lo que dije acerca de las fuerzas explotantes y de las fuerzas por explotar: de las primeras, son ejemplo los ojos, de las segundas lo son las cosas visibles. Si el ansia de escudriñarlas no justifica la negligencia en el régimen de los ojos, el celo por la salud de ellos tampoco ha de ser tan extremado que llegue a defraudarlos de la visión que les es consentánea. Y lo que se observa respecto de una potencia particular, no es menos evidente tratándose de todo el hombre, que ni puede realizarse plenamente sin el concurso de las cosas externas, ni puede utilizarlas seguramente si primero no se ha ordenado y rectificado a sí mismo, conforme a la razón, destello divino que le ilustra y encarama sobre todos los seres de este universo.

Es posible que las diferencias entre orientales y occidentales se funden en que los primeros le han dado importancia preponderante a las fuerzas interiores del hombre, al paso que los segundos han aplicado su ingenio a la investigación y aprovechamiento de las exteriores. El ritmo acelerado de los inventos y la pasmosa actividad mecánica que caracterizan a Europa y a América, contrastan indudablemente con la inmovilidad, con la indiferencia y hasta con el antagonismo que no ha mucho mostraban los asiáticos en punto de mejoras, adelantos y transformaciones materiales. Y no se objete que los occidentales así como han multiplicado y multiplican sin cesar los inventos en el orden y jurisdicción de las fuerzas físicas, también han sido sutilísimos al indagar todos estos secretos humanos que constituyen el territorio vastísimo de la psicología y de la introspección, mejor dicho, de la introversión, vocablo favorito de Fray Juan de los Angeles. Porque a nadie se le ocurrirá negar que es casi imposible sacarles ventaja en estas dis-

quisiciones que por su precisión y aparato científico se distinguen extrañamente de los sistemas y teorías orientales. Lo que sí debe observarse es que más allá de estas divergencias profundas, hay otra mucho más capital y definitiva, que consiste en que el oriental modifica su existencia, sus sentimientos y afectos, su actitud, sus ambiciones y sus proyectos, sus estados de ánimo y su comportamiento exterior al compás de sus ideas y persuaciones, las estima en otros términos y por una especie de necesidad de su naturaleza, no como asunto de mera contemplación intelectual, sino como reglas y normas en sumo grado imperativas y moderadoras de su vida y conducta. Hay pues en él una tendencia que me atrevería a llamar espontánea, a considerar y a respetar lo subjetivo como criterio universal de lo objetivo. En cambio, el occidental despliega gozosa y audazmente las habilidades del pensamiento, crea y deshace sistemas, acumula observaciones, junta y clasifica experiencias, se hace en fin como dice Valencia: "Nauta de todo cielo, buzo de todo océano", pero entretanto el "yo" íntimo, el "yo" moral, se mantiene ajeno, cuando no impermeable a la influencia directriz de la razón, y aun podría decirse que enamorada ella de la riqueza y variedad inagotables de los fenómenos, hace caso omiso del mundo interior, cuyo gobierno y dirección es lo que decide en última instancia del valor esencial de una vida.

Para abonar estas consideraciones, creo que será oportuno invocar la autoridad de G. Margouliés: Son muchas las causas que les dificultan a los europeos el conocimiento de los problemas y la apreciación de los sucesos que van presentándose y desarrollándose en el Extremo Oriente. Una de ellas y no la menor, es la diferencia de mentalidades. Y so pena de no comprender el alcance de lo que acontece por allá, o de equivocarse al pronosticar las reacciones asiáticas, es preciso no perder de vista la idea fundamental de que para los pueblos levantinos, los acontecimientos interiores (por otro nombre psíquicos) predominan sobre los exteriores. Idea es ésta muy antigua, tánto que ya fue expresada por Confucio; es también popularísima y hoy mismo, convertida en máximas y refranes, informa la educación de la infancia. Antes de sacar fuera las energías internas para producir acciones, es menester haberse ordenado enteramente a sí mismo, de donde proviene que una vez resueltos los problemas interiores, las difi-

cultades exteriores se disipan y se desvanecen por sí solas. Estos principios, que tienen ciertamente un grande valer lógico, explican la inacción aparente de la China ante las amenazas extranjeras, y esa su ausencia de reacciones, que desconcierta muy a menudo a los observadores europeos.

Lo propio sucede con la India, para cuya filosofía individual el "yo" es la medida del universo y la infinita variedad de las cosas que el hombre se imagina palpar y contemplar, no es sino apariencia vacua e ilusión inconstante, prodigio de mentirosa inanidad que la mente no llega a justipreciar, sino cuando, por virtud de un desprendimiento progresivo, comprende que esta efímera variedad del mundo y este bullicio retumbante de la acción, se asemejan al tumulto de las olas que de continuo se alzan, se encrespan y se atropellan para desplomarse luégo y desvanecerse en la inalterable unidad del océano.

¡Cuán lejos se hallan estas concepciones orientales de las que paulatinamente han ido modelando a los occidentales! Adonde hayan llegado, nos lo dice en estos postreros días Johan Huizinga, que no obstante sus reiteradas y explícitas protestas de optimismo, escribe lo siguiente al comenzar su último libro: "Vivimos en un mundo demente, y lo sabemos. No se sorprenda nadie si mañana esta demencia, cede el puesto a un frenesí que dejaría a nuestra pobre Europa estupefacta y desamparada, bien provista de máquinas infatigables y de banderas desplegadas al aire, pero destituida de espíritu para siempre jamás!!.

Y comentando estas palabras y otras igualmente perentorias de Huizinga, escribe Alfredo Obermann: "El desconocimiento de los grandes valores tradicionales: Verdad y Libertad, se encuentra en los orígenes de todos los males modernos. Marx y Nietzche, Sorel y los ideólogos del racismo alemán se apartan por igual de la razón y la sustituyen no ya por lo suprarracional, sino por lo subracional; sus palabras capitales, no son *espíritu*, *inteligencia*, *libertad*, sino existencia, voluntad de prepotencia, sangre y suelo, o eso que tantos pensadores modernos, apellidan *vida* o *instinto vital*. Y precisamente lo que Huizinga considera como una apostasía máxima, es esta exaltación de la vida en sí misma, de los valores concretos biológicos o sociales a expensas de esotros valores del Espíritu que a veces se denominan abstractos. Un viajero admitirá hoy por ejemplo

que la injusticia, la crueldad, la opresión, el deshonor y la esclavitud reinan en determinado país, pero juntamente alabará con entusiasmo los caminos que allí se construyen o los trabajos públicos que se llevan al cabo. Sobre lo cual, ha de notarse que esta actitud, tiene que ser mortal para el espíritu y que, cosa más grave, se propaga rápidamente por estas masas que cada día oyen un nuevo llamamiento a intervenir en la vida moderna. A esas masas, se les enseña que no hay ley moral que no pueda quebrantarse si de ello sacan algún provecho, se les enseña que el Estado que constituyen ha de ser omnipotente y no debe reconocer límites que contradigan su voluntad de poderío; se les enseña en fin que los principios que establecen una distinción real y esencial entre el bien y el mal, no existen. Mas hé aquí, que sin el reconocimiento de estos principios, sin la fe en un absoluto intelectual y moral, la cultura es imposible y, donde la haya, tendrá que perecer y abismarse en la barbarie."

De todas estas largas transcripciones creo que será lícito deducir por vía de conclusión que si los orientales, pecan al recluirse y confinarse en el mundo interior, los occidentales delinquen al desentenderse de él y entregarse sin restricciones a la explotación y aprovechamiento del exterior. Aun los peregrinos avances que como ya se dijo, han logrado en el campo de la psicología, carecen por su mayor parte de resonancia formativa y constante en el campo de la vida íntima y personal, de manera que realizando hasta cierto punto la paradoja de "exteriorizar lo interior" y de "convertir lo subjetivo en objetivo", hacen del conocimiento del hombre, del de sus afectos y pasiones, excelsitudes y desvíos, no una ciencia que primeramente sirva para corregirlo, estimularlo y mejorarlo por dentro, sino un tema o asunto de interminables lucubraciones y disputas, cuando no una ocasión o pretexto para apurar y justificar ora nuestras innatas flaquezas, ora las discordias y competencias entre razas y naciones. Aquí se me acuerda de un vidente oriental que decía: "Una espantable desolación se ha abatido sobre la tierra, y es que no hay medio que recapite en su corazón."

Síguese también de lo dicho que los orientales y los occidentales representan dos tendencias genuinamente humanas, nocivas si se favorecen y cultivan aislada y exclusivamente, pero fecundas y en sumo grado eficaces para

promover la más auténtica cultura si se combinan y enlazan de suerte que constituyan una confederación de impulsos y un consorcio de energías que lo hagan apto para ser dominador de sí mismo y dominador de la naturaleza. En frase inolvidable expresó la doctrina cristiana este ideal bienaventurado al decir en el más elemental de sus libros que los hombres han de poseer la tierra "como señores de sí mismos."

Es obvio que aquí se nos ofrece una síntesis de dos espíritus que a primera vista parecen opuestos e inconciliables y que en verdad se complementan para producir unidad y armonía. Síntesis prefigurada en nuestro propio ser en quien se juntan alma y cuerpo, inteligencia y materia, entidades sumamente distintas pero trabadas entre sí por tal arte que las más sutiles funciones del entendimiento reclaman el ministerio de la experiencia sensitiva, la cual a su turno (y así lo advertimos en los animales), sería impotente para multiplicarse, modificarse y enriquecerse si no tuviera la espuela y acicate de la idea.

Entre orientales y occidentales apareció el Cristianismo, única doctrina que ha sido poderosa a realizar esa síntesis de que se ha hecho mención. Aun sin fijarnos en su carácter sobrenatural y considerándolo sólo de tejas abajo, es muy de notar que si por una parte condena expresamente la solicitud explotadora y demente de los que pretenden avasallar el mundo y hartarse de sus bienes, por otra anuncia la quiebra final e irremediable del egoísmo que por una u otra razón se encentra en sí mismo, se hace ciego y sordo al mundo que le brinda con escala para subir a la esfera de lo inteligible y trascendental, y, lo que es peor, le segrega y divorcia de sus semejantes a cuyo mejor estar debemos proveer según el mandato divino. Si las Letras Divinas, afirman que "de nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si padece detrimento en su alma", afirman también y con no menor encarecimiento que las cosas invisibles de Dios se nos hacen patentes a través de éstas sus obras visibles, y respecto de la vida social, notifican sin ambages que a todos nos ha impuesto Dios el cargo de mirar por el bien de nuestros hermanos: "mandavit unicuique de proximo suo". Así, de pasada y con unas breves sentencias, podremos entender que el Cristianismo enmendó simultáneamente los excesos idealistas de los orientales y el afán utilitarista de los occidentales, que quizá desciende en

línea recta del imperialismo y pragmatismo de la antigua Roma.

Para mí, es evidente que los Sumos Pontífices del siglo XIII consideraban la unión del Este y del Oeste como una victoria del Cristianismo, mas no porque con eso se creara un poderío económico avasallador en el orden político, sino porque así se desbrozaba el universo donde tenía que germinar la doctrina del Evangelio que clama por la perfección total del hombre y le hace promesas indefectibles para la vida presente y para la futura.

No se diga que estos propósitos de los Sumos Pontífices habían de ser incomprensibles para los Orientales. No; en la índole y en el proceso de su pensamiento se notan correspondencias y semejanzas con no pocos principios de puro solar cristiano, y a eso se debe, si no estoy equivocado, que en los modernos tiempos Rabindranath Tagore, heredero auténtico de la antiquísima sabiduría indostánica, hable con los occidentales como podría hacerlo el más aprovechado discípulo de la moral que profesamos:

“Los ideales —dice Tagore— que tratan de encarnarse en las instituciones sociales tienen dos objetos: es el uno ordenar nuestras pasiones y apetitos en homenaje al desarrollo armónico del hombre; es el otro ayudarle a cultivar el amor desinteresado del prójimo. Con estos ideales se va creando el mundo humano... mas cuando el espíritu se extravía urgido por la avidez del poderío y de la riqueza, cae en un estado de intoxicación y comienza a vivir en un mundo anormal en que la fuerza no es sinónimo de salud, ni la independencia se identifica con la libertad... La libertad política no nos da libertad verdadera sino a condición de que el espíritu sea libre. Los pueblos que han conquistado la libertad política, pueden ser poderosos pero no siempre son libres, supuesto que allí donde las pasiones no están reguladas interiormente, presto se convierten en organizadoras de la esclavitud... Por eso hay quienes no le ponen a sus concupiscencias más término que el fatal de la muerte, y por eso vemos que en sus carnavales de materialismo, los pueblos occidentales desperdician inmensas energías vitales en empresas pueriles y hacen caso omiso de la creación de ideales fecundos”.

Pero Inocencio III, Gregorio X, Eugenio IV, hallaron siempre en su ruta espiritual hacia el Extremo Oriente el obstáculo invencible de la enemistad bizantina en mala ho-

ra nacida y en ocasiones justificada por los alardes intempestivos de los occidentales. San Gregorio el Grande, ya la había sufrido, cuando increpaba a los griegos con estas palabras: “Nos menospreciáis, porque carecemos de vuestra sutileza, y yo me consuelo pensando en que también carecemos de vuestra falsía”, y siglos más tarde, en 1439, al otro día de haberse firmado en el Concilio de Florencia la fórmula suprema y al parecer definitiva de concordia y de paz entre Roma y Bizancio, el pueblo de Constantinopla, acogió con alaridos rabiosos y con befas amenazadoras a los prelados que regresaban de Italia y eran portadores de las actas conciliares. Acusáronles abiertamente de haberse dejado corromper por los occidentales y de haber vendido a precio de oro su iglesia y su país; intervino el “basileus” para sosegar el tumulto y poner en salvo las capitulaciones juradas y la muchedumbre sediciosa, respondió expulsando al patriarca y profanando con clamores impíos, la silenciosa majestad de Agia Sofía. ¡Con cuanta razón escribe Ch. Diehl al recordar estos sucesos: “El orgullo tradicional de Bizancio la hizo irreductible, la hizo también negligente para discernir e incapaz de comprender el espíritu que venía de Occidente!”

La invasión turquesca acabó con el Imperio y aceleró el éxodo de los ingenios bizantinos que ya desde los tiempos de Belisario y Narses habían solido trasladarse al Occidente, y a Italia en primer término, en donde dejaron huellas imborrables de su pericia artística. Mahomet II, logró en 1453 hacerles amarga su propia patria, y por eso fueron a buscar en Europa un asilo y hospedaje que les fue otorgado con magnificencia y que les dio ocasión de apadrinar el Renacimiento.

Pero desde entonces quedó afianzada entre el Oriente y el Occidente la barrera infranqueable de la Sultanía de Constantinopla.

LUIS SORACTA

